

**ROBERT
BRYNDZA**

**LA NOCHE MÁS
OSCURA**



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.

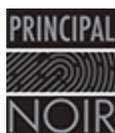


La noche más oscura

Robert Bryndza

Serie Kate Marshall 1

**Traducción de Auxiliadora Figueroa para Principal
Noir**



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Otoño de 1995

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Quince años más tarde. Septiembre de 2010

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Carta del autor
Agradecimientos
Sobre el autor

Página de créditos

La noche más oscura

V.1: enero de 2022

Título original: *Nine Elms*

© Raven Street Limited, 2019

© de la traducción, Auxiliadora Figueroa, 2022

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: iStock - rabbit75_ist | Shutterstock:
FotoDuets, Songquan Deng

Corrección: Olga López

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragó, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-18216-32-9

THEMA: FH

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

La noche más oscura

Trató de olvidar el pasado, pero la oscuridad volvió a por ella

Kate Marshall era una joven y prometedora inspectora de policía cuando atrapó al famoso asesino en serie del barrio de Nine Elms, en la ciudad de Londres. Sin embargo, su mayor hazaña se convirtió en su peor pesadilla. Traicionada por alguien muy cercano y traumatizada por las espeluznantes circunstancias que rodearon el mediático caso, Kate se vio obligada a abandonar su puesto.

Quince años después, aunque los fantasmas todavía la atormentan, Kate trata de seguir adelante como profesora de Criminología en una tranquila universidad del sur de Inglaterra. Pero, entonces, el pasado regresa a su vida con una misteriosa carta. Alguien está imitando al asesino de Nine Elms y está decidido a conseguir lo que aquel no pudo: matar a Kate.

«Un libro brutalmente adictivo.»

Publisher's Weekly

**El fenómeno del *thriller* internacional que lleva más
de cuatro millones de ejemplares vendidos**

Del autor del *best seller* *Te veré bajo el hielo*

Otoño de 1995

1

La subinspectora Kate Marshall iba en el tren de vuelta a su casa cuando de repente le sonó el teléfono. Estuvo un buen rato buscándolo entre los bolsillos de su largo abrigo de plumas hasta que, al final, lo encontró en el bolsillo interior. Sacó como pudo el enorme y pesado teléfono-ladrillo, desplegó la antena y contestó. Era su superior, el inspector jefe Peter Conway.

—Hola, señor.

—¡Ya era hora, por fin respondes! —le espetó sin rodeos—. Te he llamado unas cuantas veces. ¿Para qué coño quieres uno de esos nuevos teléfonos móviles si luego no respondes?

—Lo siento, he estado todo el día esperando el dictamen de la sentencia de Travis Jones en los tribunales. Le han caído tres años, más de lo que yo...

—Un hombre que estaba paseando a su perro en el Crystal Palace Park ha encontrado el cuerpo de una joven —la interrumpió—. Estaba desnuda, tiene marcas de mordiscos por todas partes y una bolsa de basura atada a la cabeza.

—El Caníbal de Nine Elms...

—Operación Hemlock. Ya sabes que no me gusta que lo llamen así.

Kate quiso responderle que ese nombre se le había metido en la cabeza y no se lo podría sacar de ahí en la

vida; pero no era el tipo de jefe al que se le pudiesen contar esas cosas. Ese calificativo lo acuñó la prensa hace dos años, cuando se encontró el cuerpo de Shelley Norris tirado en un desguace de la zona de Nine Elms, en el sudoeste de Londres, cerca del Támesis. Técnicamente, el asesino solo muerde a sus víctimas, pero eso no fue un impedimento para que la prensa lo bautizase con un buen apodo de asesino en serie. Durante los dos últimos años, otras dos adolescentes habían sido secuestradas antes del atardecer mientras volvían a casa del colegio. Sus cuerpos aparecieron tirados en parques de Londres unos días después. Nada vende tantos periódicos como un caníbal que anda suelto.

—Kate, ¿dónde estás?

Estaba tan oscuro que no se veía nada más allá de la ventana del vagón, así que miró el monitor que colgaba del techo.

—En el tren ligero, a punto de llegar a mi parada, señor.

—Te recojo fuera de la estación, donde siempre. —Y colgó sin dar opción a réplica.

* * *

Veinte minutos después, Kate estaba esperando en un pequeño tramo de acera, entre el paso subterráneo de la estación y la concurrida circunvalación del sur. Una fila de coches circulaba lentamente. Gran parte de la zona que rodeaba la estación estaba en obras, por lo que Kate tenía que pasar por una larga calle en la que solo había descampados para llegar a su pequeño piso. No era el mejor sitio para dar un paseo después del anochecer. El resto de pasajeros que también habían bajado del tren cruzaron la carretera y se perdieron entre las calles en penumbra. Miró hacia atrás para contemplar el frío y desierto paso subterráneo bañado en sombras, y se

balanceó sobre los talones; una pequeña bolsa con comida que había comprado para cenar descansaba entre sus pies.

Una gota de agua se estrelló contra su cuello, otra la siguió y, entonces, empezó a llover. Kate se subió el cuello del chaquetón, se encorvó ligeramente y se acercó a las brillantes luces de los faros de los coches que formaban una fila.

A Kate le habían asignado la Operación Hemlock dieciséis meses antes, cuando el número de cadáveres atribuidos al Caníbal de Nine Elms ascendió a dos. Fue un triunfo participar en un caso con tanta repercusión, sobre todo porque venía con un ascenso de rango a detective de paisano.

Ocho meses después de que se encontrara el cuerpo de la tercera víctima, Carla Martin, una estudiante de diecisiete años, el caso seguía sin resolverse. El personal de la operación Hemlock se redujo, y a Kate la reasignaron a la brigada antidroga junto con otros oficiales subalternos.

Kate entrecerró los ojos para ver la larga fila de coches a través de la lluvia. Las deslumbrantes luces de los faros aparecían por una curva cerrada de la carretera, pero no se oía ninguna sirena de policía en la distancia. Miró el reloj y se apartó del resplandor.

Llevaba dos meses sin ver a Peter. Se habían acostado juntos poco antes de que a ella la apartaran del caso. Normalmente, él no entablaba relación con su equipo, pero una noche hizo una excepción y se tomaron unas copas después del trabajo. Se enredaron en la conversación, y a Kate le pareció estimulante lo inteligente que era y su compañía. Se quedaron hasta tarde en el *pub*, después de que el resto del equipo se fuese a casa, y acabaron en el piso de Kate. La noche siguiente, él la invitó a su casa. A Kate le quemaba por dentro aquel desliz con su jefe, que no había pasado en una, sino en dos ocasiones, y el arrepentimiento que sentía como resultado de aquello.

Perdió el control una vez, dos veces, hasta que los dos entraron en razón. Ella tenía una moral muy estricta. Y era una buena agente de policía.

«Te recojo fuera de la estación, donde siempre».

Le sentó mal que Peter le hubiese dicho aquello por teléfono. Solo la había llevado al trabajo dos veces y en ambas ocasiones también había recogido a su compañero, el criminalista de la policía científica Cameron Rose, que vivía cerca. ¿A Cam también le habría dicho «donde siempre»?

El frío le empezaba a traspasar la espalda del largo chaquetón y la lluvia se había filtrado por los agujeros de las suelas de los «zapatos buenos» que se había puesto para ir a los tribunales. Kate se cerró el cuello del abrigo y se hundió en él, concentrándose en la fila de coches. Casi todos los conductores eran hombres blancos y tenían entre treinta y cinco y cuarenta años. El segmento demográfico de un asesino en serie.

Una furgoneta blanca muy sucia pasó deslizándose por el asfalto mojado; la cara del conductor estaba distorsionada por la lluvia en el parabrisas. La policía barajaba la idea de que el Caníbal de Nine Elms usaba una furgoneta para secuestrar a sus víctimas. Las fibras del tapizado que se habían encontrado en los cuerpos de las fallecidas concordaban con las de una furgoneta blanca Citroën Dispatch de 1994. El problema es que había más de cien mil registradas en Londres y alrededores. Kate se preguntó si los agentes a los que no habían apartado de la operación Hemlock seguirían trabajando en aquella lista de dueños de las Citroën Dispatch. Y ¿quién era la nueva víctima? En los periódicos no había salido nada de ninguna desaparición.

El semáforo de enfrente se puso en rojo y un pequeño Ford azul se quedó parado en la fila, a pocos metros de Kate. El hombre que iba dentro era el típico urbanita:

sobrepeso, unos cincuenta años, llevaba un jersey de rayas y necesitaba gafas. El conductor miró a Kate, levantó las cejas de manera sugerente y le hizo una señal con las luces largas. Ella apartó la mirada, pero entonces el Ford azul se acercó lentamente y se pegó al coche de delante hasta que la ventanilla del copiloto quedó a la altura de Kate. La bajó y se inclinó un poco para hablar con ella.

—Hola, ¿tienes frío? Yo puedo ayudarte a entrar en calor...

El hombre dio un par de palmadas en el asiento de al lado y sacó una lengua fina y puntiaguda. Kate se quedó helada. El pánico comenzó a adueñarse de su pecho. Se le olvidó que tenía su carné de policía y hasta que era una agente. Aquel ser sacó medio cuerpo por la ventanilla y el miedo acabó por apoderarse de ella.

—Vamos, entra para que te quite el frío —insistió.

El conductor golpeó el asiento otra vez, pero ahora parecía impaciente.

Kate se alejó del borde de la acera. Detrás de ella estaba el oscuro paso subterráneo completamente desierto. El resto de conductores que había en la fila de coches eran hombres y parecían ajenos a lo que le pasaba, como si lo que ocurriera fuera de sus vehículos no les afectara. El semáforo volvió a ponerse en rojo. La lluvia repiqueteaba con pereza el techo de los automóviles. El conductor se inclinó todavía más y, de pronto, la puerta del copiloto se abrió unos centímetros. Kate dio otro paso atrás, pero se sintió acorralada. ¿Y si se bajaba del coche y la empujaba hasta el paso subterráneo?

—Venga, no me jodas, ¿cuánto quieres? —le espetó el hombre.

Al tipo ya se le había borrado la sonrisa, y Kate vio que se había desabrochado el pantalón. Tenía unos calzoncillos sucios y desteñidos. Enganchó con un dedo la cinturilla y le enseñó el pene y una mata grisácea de vello púbico.

Kate estaba petrificada y deseó con todas sus fuerzas que el semáforo cambiase de color.

Entonces, una sirena de policía retumbó en el cielo, cortando el silencio, y una luz azul iluminó los coches y el túnel del paso subterráneo. El conductor se recompuso a toda prisa, se abrochó los pantalones y cerró la puerta. Activó el cierre centralizado y adoptó de nuevo la mirada fija e impassible que tenía antes de ver a Kate. Ella empezó a rebuscar en su bolso y sacó su identificación de la policía. Fue hasta el Ford azul y lo estrelló contra la ventanilla del copiloto, cabreada consigo misma por no haberlo hecho antes.

El coche patrulla sin distintivos de Peter se acercó con la luz azul dando vueltas en el techo. Venía como un rayo, con medio vehículo en la carretera y otro medio subido al arcén de hierba para evitar el atasco. El semáforo se puso en verde. El coche de delante del Ford arrancó y Peter paró en el hueco que acababa de quedar libre. El conductor del Ford había entrado en pánico y no paraba de tocarse el pelo y la corbata. Kate lo castró con la mirada, volvió a meter su identificación en el bolso y fue a la puerta del copiloto del coche de Peter.

2

—Siento haberte hecho esperar. El tráfico —la saludó Peter con una breve sonrisa.

Este cogió un montón de papeles del asiento del copiloto y los colocó en la parte trasera. Era un hombre de casi cuarenta años y guapo. Tenía la espalda ancha, un abundante pelo oscuro y ondulado, los pómulos marcados y unos tiernos ojos marrones.

—No te preocupes —dijo ella, que, a medida que colocaba la bolsa de la compra y el bolso entre las piernas y se dejaba caer en el asiento, se sintió más aliviada.

En cuanto cerró la puerta, Peter aceleró y encendió la sirena.

El parasol del copiloto estaba bajado, y Kate se quedó mirando su imagen en el espejo mientras lo subía. No llevaba nada de maquillaje y tampoco iba vestida de forma provocadora. Además, siempre había pensado que era bastante corriente. No era delicada; al contrario, tenía unas facciones muy marcadas. El pelo le llegaba por los hombros y solía llevarlo recogido en una coleta baja que se metía debajo del cuello del largo abrigo, casi como si fuese una continuación de su ser. Lo único que diferenciaba su cara de cualquier otra eran unos ojos muy poco comunes. Eran de un llamativo azul aciano con una explosión de naranja oscuro que comenzaba en las pupilas e inundaba el iris.

Esto se debía a una heterocromía parcial, una anomalía por la que los ojos son de dos colores.

El otro rasgo distintivo de su cara, aunque este era más temporal, era un labio roto que empezaba a cicatrizar. Se lo había hecho unos días antes un borracho furioso que opuso resistencia cuando fue a arrestarlo. No le dio miedo lidiar con el borracho ni se sintió avergonzada cuando la golpeó; era parte de su trabajo. ¿Por qué le dio vergüenza que ese sórdido empresario intentara pillar cacho? Era él el que tenía unos tristes calzoncillos grises y descoloridos, y un pene pequeño y regordete.

—¿Qué ha pasado antes con ese coche? —le preguntó Peter.

—Ah, tenía rota una de las luces de freno —contestó ella.

Era más sencillo mentir. Estaba avergonzada. Intentó dejar de pensar en aquel hombre y en su Ford azul.

—¿Has enviado a todo el equipo a la escena del crimen? —quiso saber Kate.

—Claro —respondió Peter mientras miraba de reojo—. Después de hablar contigo me llamó el comisario adjunto, Anthony Asher. Me ha dicho que, si este asesinato está relacionado con la operación Hemlock, pondrán a mi disposición todos los recursos que necesite; solo tengo que pedirlo.

Tomó la glorieta a toda velocidad, en cuarta, y cogió la salida que conducía al Crystal Palace Park. Peter Conway era un agente de policía con trayectoria, y a Kate no le cabía duda de que si resolvía este caso obtendría un ascenso a superintendente o incluso a superintendente jefe. Peter ya era el agente más joven en la historia de la Policía Metropolitana de Londres al que habían ascendido a inspector jefe.

Las ventanillas comenzaron a empañarse, así que Peter encendió la calefacción. Se formaron unas ondas en el arco

de condensación del parabrisas y poco a poco fueron disipándose. Vio el destello de la silueta iluminada de Londres a través de una hilera de adosados. Había millones de luces, puntadas de hilo en el negro telón del cielo, como símbolos de los hogares y las oficinas de millones de personas. Kate se preguntó cuál de esas luces pertenecería al Caníbal de Nine Elms. «¿Y si nunca damos con él?», pensó. «La policía nunca encontró a Jack el Destripador, y la Londres de aquel momento era minúscula en comparación con esta».

—¿Has encontrado algo más en la base de datos de furgonetas blancas? —continuó Kate.

—Trajimos a otros seis hombres a comisaría para interrogarlos, pero su ADN no coincide con nuestro hombre.

—El hecho de que deje su ADN en las víctimas... No es solo descuido o descontrol. Es como si quisiera marcar su territorio. Como si fuera un perro.

—¿Crees que quiere que lo pillemos?

—Sí... No... Puede ser.

—Se comporta como si fuese invencible.

—Él se puede creer invencible, pero cometerá un error. Siempre comenten alguno —sentenció Kate.

Salieron de la carretera por la entrada norte del Crystal Palace Park. Un coche de policía los esperaba y el agente que estaba de guardia les hizo una señal para que pasaran. Atravesaron una larga avenida de gravilla que normalmente estaba reservada para los viandantes. A ambos lados había robles que estaban mudando las hojas. Estas caían sobre el parabrisas con el sonido de un aleteo húmedo y atascaban el limpiaparabrisas. A lo lejos, la enorme torre de telecomunicaciones del Crystal Palace asomaba por encima de los árboles como una esbelta Torre Eiffel. La carretera dibujaba una curva y terminaba en un pequeño aparcamiento que había al lado de una extensa

llanura de hierba frente a una zona arbolada. Un largo cordón policial rodeaba todo ese campo verde. En el centro, alrededor de la tienda blanca del forense, había otro cordón más pequeño que era como un punto de luz brillando en la oscuridad. Al lado del segundo cordón estaban la furgoneta del patólogo, cuatro coches patrulla y un vehículo de apoyo de la policía.

La cinta del primer cordón, que habían colocado donde el asfalto y la hierba se fundían, ondeaba al viento. A Peter y a Kate los recibieron dos agentes de la policía uniformada: un hombre de mediana edad, cuya barriga le sobresalía tanto que le colgaba del cinturón, y un chico joven, alto y delgado que aparentaba ser todavía un adolescente. Kate y Peter le enseñaron sus identificaciones al policía más veterano. Este tenía los ojos ocultos bajo unos párpados caídos; mientras comprobaba sus carnés de policía, a Kate le recordó a un camaleón. El agente se los devolvió y fue a levantar la cinta policial sin apartar la vista de la brillante tienda, pero dudó un momento.

—En todos los años que llevo aquí no he visto nada igual —comentó.

—¿Has sido el primero en llegar a la escena? —quiso saber Peter, impaciente por que levantase la cinta, pero sin estar dispuesto a hacerlo él mismo.

—Sí. Yo soy el agente Stanley Gresham, señor. Este es el agente Will Stokes —respondió señalando al joven policía, que de repente hizo una mueca, les dio la espalda y se puso a vomitar por encima de la cinta policial—. Es su primer día —añadió, sacudiendo la cabeza.

Kate miró con pena al joven agente mientras este jadeaba y volvía a vomitar. De la boca le colgaban hilillos de baba. Peter se sacó un pañuelo blanco y limpio del bolsillo. Kate pensó que iba a ofrecérselo al joven agente, pero, en lugar de eso, se tapó la nariz y la boca con él.

—Quiero que a esta escena del crimen no entre nadie que no esté autorizado. Ni una palabra a nadie —ordenó Peter.

—Por supuesto, señor.

Peter tironeó con los dedos de la cinta policial. Stanley la levantó y ambos pasaron por debajo. Bajaron por una pendiente de hierba hasta el segundo cordón policial, donde los esperaban el criminalista Cameron Rose, de la policía científica, y la inspectora Marsha Lewis. Cameron, igual que Kate, rondaba los veinticinco. Marsha, sin embargo, era la mayor de todos. Era una mujer rechoncha de cincuenta y tantos años; esa noche iba vestida con unos elegantes pantalones de traje y un abrigo largo negro; tenía el pelo gris plata, muy corto, y hablaba con una voz grave, de fumadora.

—Señor —dijeron los dos a la vez.

—¿Qué tenemos hasta ahora, Marsha? —le preguntó Peter.

—Todo lo que exista tanto dentro como fuera del parque está dentro de una bolsa de pruebas sellada, y tengo a los locales buscando una huella dactilar y yendo casa por casa. La patóloga forense ya ha llegado y puede recibirnos —le contestó Marsha.

Cameron era muy alto y desgarbado, así que destacaba por encima de todos. No había tenido tiempo de cambiarse y, con los vaqueros, las deportivas y la chaqueta verde, parecía más un adolescente licencioso que un detective. Kate se preguntó durante un segundo qué estaría haciendo cuando lo llamaron para que acudiese a la escena del crimen. Supuso que había llegado con Marsha.

—¿Quién es nuestra patóloga forense? —preguntó Peter.

—Leodora Graves —respondió Marsha.

* * *

Hacía calor dentro de la resplandeciente tienda y la luz era tan brillante que te hacía daño en los ojos. La patóloga forense, Leodora Graves, estaba trabajando con dos ayudantes. Era una mujer bajita, de piel oscura y con unos penetrantes ojos verdes. En una zona hundida y embarrada del césped se encontraba la joven, tumbada bocabajo y desnuda. Tenía una bolsa de plástico transparente atada a la cabeza con un nudo que la mantenía apretada al cuello. La piel pálida estaba llena de manchas de barro y de sangre. También tenía numerosos cortes y arañazos. En la parte de atrás de los muslos y en las nalgas se veían marcas de varias mordeduras profundas.

Kate se quedó junto al cuerpo, sudando debajo de la capucha y la mascarilla del grueso traje blanco de forense. La lluvia golpeaba como un martillo la tensa lona de la tienda, lo que obligó a Leodora a subir la voz.

—El asesino ha colocado a la víctima sobre el costado derecho, con el brazo derecho debajo de la cabeza y el izquierdo extendido con la palma hacia arriba, como si estuviese posando. Hay seis mordeduras entre la zona lumbar, los muslos y las nalgas.

Les mostró los mordiscos más profundos, en los que le había arrancado la carne. Eran tan profundos que se veía la columna vertebral de la chica. Después se acercó a la cabeza de la víctima y la levantó cuidadosamente; una parte de la fina cuerda estaba hundida en el cuello, como si le estuviese mordiendo la carne ya hinchada.

—Vais a reconocer este nudo en concreto.

—El nudo de puño de mono —dijo Cameron, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

Por el tono en el que lo dijo, daba la sensación de que estaba conmocionado. Aunque las mascarillas del traje de forense tapaban la cara a sus compañeros, Kate percibió las miradas de alarma en sus ojos.

—Sí —afirmó Leodora, sujetando el nudo con la mano enguantada.

Lo que hacía que ese nudo fuese poco común era la serie de vueltas que se entrecruzaban, como si fuese un pequeño ovillo de lana prácticamente imposible de replicar a máquina.

—Es él. El Caníbal de Nine Elms —se le escapó a Kate.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera frenarlas.

—Necesito sacar más conclusiones de la autopsia, pero..., sí —concluyó Leodora.

La lluvia caía con redoblada fuerza, aumentando el estruendoso tamborileo en el techo de la tienda. Con cuidado, Leodora volvió a colocar la cabeza de la joven sobre su brazo.

—Hemos encontrado fluidos corporales en el cuerpo que prueban que la violaron. Además, el asesino también la torturó; le realizó incisiones con un objeto cortante y también le provocó quemaduras. Podéis ver las marcas en los brazos y en la parte exterior de los muslos. Parecen infligidas con el mechero de un coche.

—O de una furgoneta Citroën Dispatch blanca —añadió Kate.

Peter la fulminó con la mirada. No le gustaba que lo corrigieran.

—¿Cuál es la causa de la muerte? —preguntó este.

—Todavía tengo que hacer la autopsia, pero, extraoficialmente, y sabiendo lo que sé, yo diría que la causa fue asfixia, con la bolsa de plástico. Hay signos de hemorragia petequial en la cara y en el cuello.

—Gracias, Leodora. Quedo a la espera de los resultados de la autopsia. Espero que podamos identificar pronto a esta pobre chica.

Leodora hizo una señal de afirmación a su asistente con la cabeza y este vino con una camilla plegable en la que

llevaba una bolsa negra para transportar cadáveres, que estaba nueva y reluciente. La colocaron al lado del cuerpo y giraron cuidadosamente a la joven para subirla a la camilla. La parte delantera de su cuerpo desnudo estaba marcada con pequeñas quemaduras circulares y arañazos. Era imposible de describir: la cara resultaba grotesca y estaba deformada bajo la bolsa de plástico. Tenía unos ojos grandes de color azul pálido, ya blanquecinos por la muerte, con la mirada congelada en un punto. Esa mirada le dio escalofríos a Kate. Estaba desprovista de esperanza, como si su último pensamiento se le hubiese quedado congelado en los ojos. Sabía que iba a morir.

3

Kate se quedó conmocionada después de ver el maltratado cuerpo de la joven. Además, estaba agotada. Antes de tener que visitar la escena del crimen, el día ya se le estaba haciendo largo, pero una investigación de este nivel exigía una respuesta rápida. Cuando salieron de la tienda de la forense, a Kate le asignaron dirigir la búsqueda de posibles testigos en Thicket Road, una larga avenida de elegantes casas unifamiliares en la zona oeste del parque.

A pesar de contar con un equipo de ocho agentes, tardaron casi cinco horas en recorrer el trecho de calle bajo la persistente lluvia. La pregunta principal —«¿ha visto usted una furgoneta Citroën Dispatch blanca de 1994 o a alguien actuando de manera sospechosa?»— despertaba miedo y curiosidad entre los residentes de Thicket Road. La prensa había hecho un buen trabajo informando sobre la búsqueda de una furgoneta blanca, pero la policía no estaba autorizada para comentar los detalles del caso. Sin embargo, la mayoría de las personas con las que Kate habló sabían que estaban investigando el caso del Caníbal de Nine Elms y tenían sus propias teorías, dudas y sospechas. Todo esto generaba muchas pistas que luego tendrían que seguir.

Justo después de medianoche, pidieron que Kate y su equipo volvieran al punto de encuentro de la estación. El

cuerpo de la joven ya estaba en la morgue a la espera de que le realizasen la autopsia y, entre la poca visibilidad y el diluvio, resultaba difícil encontrar huellas dactilares en el Crystal Palace Park, así que les dijeron que esa noche la dedicasen a descansar y que la mañana siguiente reanudarían el trabajo.

El agente con el que Kate había estado trabajando tomó un autobús de vuelta al centro, y ella se quedó sola en el *parking*. Estaba a punto de llamar a un taxi cuando se encendieron las luces de un coche en la esquina opuesta a donde se encontraba. Vio que era Peter y se acercaba.

—¿Necesitas que te lleve a casa? —le preguntó.

Él también parecía cansado y estaba empapado de la cabeza a los pies. Kate le había dado puntos por haberse remangado y no haberse quedado sentado fuera de una de las furgonetas de apoyo con una taza de café. Recorrió el *parking* con la mirada. Quedaban tres coches de la brigada, pero supuso que pertenecían a los agentes a los que les había caído el marrón de quedarse despiertos para vigilar el parque.

Peter se dio cuenta de que estaba dudando.

—Yo no tengo ningún problema en llevarte y, además, has dejado las bolsas en mi coche —añadió.

La falta de entusiasmo ante la perspectiva de llevarla a casa hizo que Kate estuviese más dispuesta a aceptar la oferta.

—Gracias, me salvas la vida —le contestó.

De pronto ansiaba una ducha caliente, un té con una tostada con mucha mantequilla y miel y, después, meterse en su cama calentita. Peter abrió el maletero y sacó un montón de toallas de la bolsa de la lavandería.

—Gracias —dijo Kate mientras cogía una, se envolvía los hombros con ella y se escurría la coleta mojada.

Abrió la puerta del copiloto y vio que la bolsa de la compra seguía en el suelo. Peter abrió la puerta del

conductor y después hizo lo mismo con la guantera. Estuvo un rato rebuscando dentro y hasta tuvo que sacar un manual del coche y un manojito de llaves para encontrar una caja de toallitas de bebé. Se limpió las manos todo lo rápido que pudo y tiró las toallitas debajo del coche.

—¿Habéis encontrado algo mientras buscabais las huellas? —quiso saber Kate.

—Algunas fibras, colillas, un zapato; pero es un parque, quién sabe a quién pertenecerán.

Peter colocó una toalla sobre el asiento del copiloto, cogió un termo del posavasos del coche y se lo pasó a Kate mientras colocaba otra toalla en el asiento del conductor. Ella observó divertida el espectáculo. Le pareció un amo de casa trajinando afanoso de un lado a otro mientras colocaba las toallas, de forma casi teatral, asegurándose de que las fundas improvisadas de los asientos estuviesen impecables y no se movieran.

—Creo que eres la primera persona que he visto intentar dejar el asiento del coche como si fuese la cama de un hospital —le reconoció Kate.

—El coche es nuevo y estamos empapados. No sabes lo mucho que me ha costado comprármelo —dijo él frunciendo el ceño.

Era la primera vez en aquella noche que demostraba algún tipo de sentimiento. Que se mojaran los asientos del coche le causaba verdadera ansiedad. Kate se preguntó si eso era lo que te pasaba después de llevar tanto tiempo en la policía: dejaban de importarte todas las cosas horribles del oficio y pasabas a preocuparte de menudencias.

No abrieron la boca en todo el camino de vuelta a Deptford. Kate se quedó mirando por la ventanilla, sin saber si prefería intentar borrar de su cabeza la imagen de la joven o hacer todo lo posible por recordarla. No olvidar su cara, guardar cada detalle en su archivo mental.

Kate vivía en una planta baja, detrás de una larga hilera de tiendecitas bajas, justo al final de la calle principal del barrio de Deptford. El acceso a la puerta de entrada era un *parking* de gravilla lleno de baches, y el coche de Peter fue dando saltitos mientras se abría paso entre los charcos del suelo. Pararon enfrente de la puerta, bajo una marquesina caída y junto a la entrada de los repartidores del restaurante chino, donde había una pila de cajas llenas de botellas de refresco vacías. La luz de los faros del coche de Peter se reflejaba en la pálida pared de detrás de su edificio e iluminaba el interior del coche.

—Gracias por traerme —le dijo Kate a la vez que abría la puerta del copiloto y estiraba la pierna para no pisar un charco enorme.

Él se agachó y cogió la bolsa de la compra.

—No te olvides de esto, mañana por la mañana nos vemos a las diez en punto en la estación.

—Hasta mañana.

Cogió la bolsa y cerró la puerta del coche. Los faros del vehículo iluminaron el *parking* mientras ella hundía las manos en los bolsillos para buscar las llaves. Abrió la puerta principal y, de repente, se hizo la oscuridad. Se giró para ver cómo se desvanecían las luces traseras del coche. Cometió un error muy estúpido al acostarse con su jefe, pero después de ver a la joven muerta y siendo consciente de que todavía había un asesino suelto, le pareció algo sin importancia.

4

Cuando Kate entró en su apartamento, hacía frío. Se apresuró a bajar las persianas de las ventanas con vistas al *parking* de la pequeña cocina antes de encender la luz. Se dio una ducha larga y se quedó debajo del chorro de agua hasta que entró en calor. Cuando salió, se puso una bata y volvió a la cocina. Había encendido la calefacción central, y esta estaba bombeando agua caliente que borbotaba en los radiadores y que calentaba poco a poco la habitación. De pronto notó que estaba muerta de hambre, así que fue a coger una lasaña de la bolsa de la compra para ponerla en el microondas, y entonces vio que el manojito de llaves y el termo del coche de Peter estaban ahí. Dejó el termo en la encimera y fue al teléfono de pared de la cocina para llamar al busca de Peter y advertirle de que no tenía las llaves antes de que llegara a su casa. Estaba a punto de marcar cuando reparó en las llaves que tenía en la mano. Eran cuatro, todas grandes y viejas.

Peter vivía en un edificio nuevo cerca de Peckham. La puerta principal tenía una cerradura Yale. Lo recordaba perfectamente de aquella segunda noche en la que él la había invitado a su casa a cenar. Ella estaba frente a la puerta, dudando si debía entrar o no, mirando aquella cerradura Yale y pensando en qué diantres hacía. «La